



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

JM DAVIES

El rincón de Polopó

[Selección de fragmentos]

Edición impresa

JM Davies, *El rincón de Polopó* (2009)

En

JM Davies (2013) *El rincón de Polopó*. Bacerlona: Mey. (pp. 20-25)

Edición digital

JM Davies, *El rincón de Polopó* (2014)
Carolina López Tello (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2014



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D
«Literaturas africanas en español. Mediación
literaria y hospitalidad poética desde los 90»
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



El rincón de Polopó

JM Davies

Al día siguiente, Ámboboch y Mondjómeriva decidieron pasar dos o tres días en Batete. Iban a tomar un taxi pero su buen amigo Buitorosa se ofreció a llevarles y quedarse con ellos, ¡llevaban tanto tiempo sin verse...! A las seis de la mañana, estaban preparados. Buitorosa llegó a las siete menos veinticinco conduciendo un viejo Land Rover verde oliva pintado a mano y con brocha gruesa. La parte trasera del vehículo indicaba con precisión el momento exacto en que se habían quedado sin pintura y tuvieron que conformarse con otro verde más claro. Subieron al “todoterreno” con la pequeña bolsa que llevaban, Mondjómeriva delante y Ámboboch atrás. El motor del Land Rover bicolor sonaba fuerte y daba la impresión de que estaba acostumbrado a superar duros obstáculos como simple rutina.

Abandonaron la ciudad, esa ciudad ya desconocida y maltrecha por los infortunios vividos y sufridos día tras día, año tras año, obligada a presenciar y retener la inmensa suciedad con que la bañaban día tras día y noche tras noche sus nuevos, nefastos y pusilánimes residentes, incapaces de asir una simple escoba y hacer de ella la bella Malabo que debería ser. Apareció de repente un paisaje completamente diferente, verde intenso, árboles gigantes con exóticos ramajes siguiendo un fantasmagórico diseño creado por la misma madre naturaleza, cientos de pájaros volando de rama en rama, ahuyentados por el fuerte ron-ron del viejo Land Rover bicolor. El sol había salido detrás de ellos allá en el horizonte este y se servía de rayos poco intensos para acompañar su marcha. Era la época de lluvias pero no iba a llover ese día. Siguieron hacia el oeste por la estrecha autovía bien asfaltada de dos carriles, totalmente desprovista de líneas direccionales desde hacía más de un año, como recordó Buitorosa.

En Sampaka, a unos cinco kilómetros de Malabo, apareció la primera barrera de control, dos bidones con una rama cruzada sobre ambos, de forma que solo podía pasar un vehículo. No vieron a ningún centinela y la rama se encontraba tirada cerca de uno de los bidones en esos momentos. Pasaron sin incidentes. En Basupú, a catorce kilómetros de Malabo, segundo pueblo hacia Lubá y Batete, segundo puesto de control. El famélico guardia, un jovencito con cara de malo, se acercó, miró dentro del vehículo a través de la ventanilla de Buitorosa como si buscara una excusa para justificar su cara amarga, retiró la cabeza después de unos breves segundos, y, con un gesto despectivo, ordenó que continuaran con la ruidosa marcha del Land Rover bicolor. La tercera barrera en Basakato del Oeste fue una réplica de lo que aconteció en Basupú.

Cada vez que pasaban una de esas barreras de control sin mayor agravio, la conversación se desviaba hacia el gobierno y su absurda política de intimidación, y Buitorosa

recordaba trágicas e inverosímiles anécdotas que relataba con pena a sus compañeros. Quería, necesitaba desahogarse, deshacer y desvivir mediante simples palabras los catastróficos momentos experimentados que tan penosamente trataba de olvidar. Su semblante se entristecía, pero sus ojos habían llegado al inmenso océano de las lágrimas secas, y no hallaba ni una sola gota que pudiera bañar sus pupilas y resbalar por sus mejillas inundadas de angustia y soledad, y el vaho de su pecho era lo único que indicaba la agonía que le producían aquellos tremebundos recuerdos.

— Primero eran dos -empezó a revivir, sin poder contenerse por más tiempo, aquella horrida escena que había hecho tanto esfuerzo por borrar de su mente, de su existencia- uno era flaco, algo huesudo, de estatura mediana, el otro, un grandullón rudo que parecía haber nacido sólo para obedecer órdenes. El flaco ordenó que saliéramos todos y nos alineáramos en la pequeña sala comedor. Éramos cinco, mi padre, mi madre, todavía joven y hermosa, yo, que acababa de cumplir doce años, Tita, mi hermana de quince, y el pequeño Chiquitín, con sólo seis años de edad. Mis dos hermanos mayores, los que tuvo papá antes de casarse con mamá, no se encontraban en casa y creo que les buscaban a ellos. El flaco llevaba una pistola desenfundada y el grandullón un antiguo mosquetón de la época de la colonia. El golpe fue seco y alcanzó a papá en la cabeza, cerca de una oreja. Papá se cayó al suelo y le obligaron a levantarse, sangraba por la nariz y la oreja dañada. Mi madre gritó y tuvo que ahogar la mitad de su grito en la mano derecha. Vi un chorro de lágrimas correr por las mejillas de mi hermana, su respiración era agitada, entrecortada, miraba atónita al grandullón negándose a creer lo que acababa de presenciar, y sus ojos se volvieron hacia el huesudo, pidiendo clemencia en silencio con la mirada triste y aterrorizada, y las lágrimas no cesaban de rodar por sus mejillas, ¡pobre hermana mía! Los pantalones de Chiquitín se habían mojado y un pequeño arroyuelo se había formado entre sus pies, y yo... ¿qué podía hacer con sólo doce años? De repente llegaron otros cuatro, seguro que habían estado merodeando por los alrededores buscando a mis medio hermanos, ¿por qué, para qué, qué habían hecho o dejado de hacer? El grandullón le atizó a mi padre otro tremendo culatazo en pleno pecho que le hizo tambalear, mientras el flaco seguía preguntando por el paradero de mis hermanos y recibiendo la misma respuesta una y otra vez, “no lo sé, no lo sé, hermanos, os lo juro que no lo sé”. ¡Pobre padre, delante de todos nosotros, su familia, su querida esposa, sus adorados hijos, humillado, empequeñecido, incapaz de levantar la cabeza, de erguir los hombros, de sacar el pecho como aquel indómito gladiador a quien tanto admirábamos, especialmente yo, con mis tiernos doce años!

Entonces, el primero de los cuatro que acababan de llegar se acercó a mi madre, que todavía trataba de ahogar sus sollozos en la mano derecha llena de lágrimas, la agarró de la blusa, una blusa azul con florecitas blancas, y tiró con violencia. Mi hermana sollozaba y las lágrimas seguían rodando abundantes por sus mejillas. La blusa de mamá se rasgó, y la falda,

y el sujetador, y las bragas... Cerré los ojos, no podía ver el desnudo de mi madre. Seguían dándole culatazos a papá, que sangraba ya por todas partes, y la respuesta era la misma: “no lo sé, no lo sé hermanos, creedme, no sé”. Recibí una bofetada en plena cara, cerca del ojo derecho, o era un puñetazo, no recuerdo. “Abre los ojos y mira lo que le va a pasar a tu madre como no nos digáis dónde están esos cobardes traidores de vuestros hermanos”. Uno de ellos se había desabrochado los pantalones y estaba encima de mamá, y también vi a otro sobre el cuerpo desnudo de mi hermana, ¡qué gritos aquellos, Señor, chái! ¡Qué terrible dolor al sentir el himen rasgado y destrozado con la brutalidad de aquella violación! E hicieron callar con otro culatazo a papá, y yo... ¿qué podía hacer con sólo doce años...? Y nos obligaron a mi hermanito y a mí a presenciar cómo violaban uno tras otro a mi pobre madre, a mi querida hermana, y yo, con solo doce años... ¿qué podía hacer...?

Silencio.

En el tramo de Lubá a Batete, unos nueve kilómetros, el paisaje se hizo más bello aún, la carretera subía en curvas peligrosas y en algunos tramos se veía el mar, el Océano Atlántico, allá abajo, a través de varios acantilados cubiertos de una maleza verde bastante espesa. El Land Rover bicolor sorprendía a Mondjórneriva y a Ámboboch, por la aparente facilidad con que serpenteaba sobre aquellas angostas cuestas. Sólo se podía oír el esfuerzo que hacía su valiente motor, pues el silencio se había apoderado de todos dentro del automóvil bicolor cuando Buitorosa decidió seguir relatando trágicos reencuentros con aquel pasado repleto de inauditas desventuras.

Llegaron a Batete a las nueve y cuarto de la mañana y Buitorosa aparcó el valiente todoterreno a pocos pasos de la casa de Seridgé, un primo hermano de Mondjórneriva, donde se alojarían los tres durante el tiempo que decidieran permanecer ahí. Los dos días que estuvieron en Batete fueron muy agradables y tranquilos, visitaron a varios parientes y amigos y se dieron unas vueltas por la vecindad para ver lo que recordaban. ¡Cuánta nostalgia le entró a Mondjórneriva cuando llegaron a la vieja y desvencijada catedral gótica construida enteramente de madera, una verdadera maravilla en un país exento de grandes palacios, sinagogas, mezquitas, museos con obras de renombrados maestros, y contempló aquella verdadera obra de arte tristemente abandonada a su suerte, con las termitas, bog-bogs y otros gusanos convertidos en dueños y señores de aquel templo sagrado!